



Chicha tu madre.



Bala perdida.

LOS PERSONAJES DE GILBERTO TORRES

Javier Protzel

Alguna vez nos cruzamos en algún corredor de la universidad, y nos saludamos sin realmente conocernos. Hubo en su sonrisa un ademán especial, deferente y de cierta elegancia, parecido al de Cajahuaringa, el notario de indios que compuso en *El bien esquivo* (2001) de Augusto Tamayo. Qué suerte tienen los alumnos de dirigir a un actor como Gilberto Torres, pensé, y recordando ahora, qué injusto su confinamiento a roles secundarios tras una carrera prematuramente concluida por la muerte. Se fue en septiembre, pero en noviembre se vio su última película, *Pasajeros* (2008) de Andrés Cotler. Torres hacía un rol muy breve; era ‘El Moro’, un respetado capo del hampa de quien Jano (Pietro Sibille) se despide al terminar su carcelería. ‘El Moro’ lo abraza como un padre a su hijo, susurrándole “[...] huevos... huevos... para que te hagas respetar”. Un acceso de tos pesada lo sacude revelando su fragilidad, haciéndole sospechar al espectador avisado que el actor quizá está actuando a pesar suyo su propia muerte. ¿Quién habla, qué habla, desde un nivel más profundo, en esa escena, una de las mejores de la película por el carácter impreso por Gilberto Torres a su personaje? Ensayo una lectura que vaya más allá de la ficción misma: ‘El Moro’ aconseja a Jano, novel delincuente, pero al mismo tiempo ¿no es una especie de testamento del actor cuya muerte sabe próxima —y así lo dice— en el cual lega su experiencia (lo único que tiene) a uno que comienza? Al pedirle “hacerse respetar” está pidiéndole también defender los fueros del personaje cinematográfico contra el mimetismo y la estereotipia televisiva, y en el caso de Sibille, lo invoca a preservar la autenticidad de sus actuaciones cinematográficas que tan bien caracterizan a cierta idiosincrasia delincencial criolla.

Pero a Gilberto Torres siempre le tocaron roles secundarios. Pese a sus

grandes cualidades, nunca fue realmente un protagonista, pues eso quebraría cierta norma no escrita del *casting*. Actuó en varias películas de Francisco Lombardi, casi un favorito: en *Caidos del cielo* (1990) hizo de albañil constructor de mausoleos, en *No se lo digas a nadie* (1998) era Sixto, el modesto capataz de la hacienda del señor Camino. Pero destacó sobre todo en *La boca del lobo* (1988) y *Bajo la piel* (1996). Como sargento Moncada en *La boca del lobo*, es siempre un subalterno, esta vez a órdenes del temperamental Roca (Gustavo Bueno), un teniente de tortuoso pasado cuyo ímpetu contra el soldado Vitín intenta Moncada calmar en la recordada escena de la ruleta rusa. En *Bajo la piel* también hace de uniformado, esta vez de sargento de la policía. Es Faura, escolta incansable de “su” capitán Percy Corso (José Luis Ruiz) investigando una serie de misteriosas decapitaciones. La puesta en esa escena de esa tensión entre amistad y distancia respetuosa, tan característica de la jerarquía social peruana —y también de las novelas de caballería— es lograda precisamente por la convincente actuación de Gilberto Torres. Como un Sancho Panza, Faura-Torres es un hombre simple pero el cálido vínculo de subalterno y confidente que mantiene con Corso en la camioneta, tejido de diálogos y anécdotas con el desierto lambayecano por telón de fondo, constituye la subtrama que da consistencia a las pasiones del protagonista que lo llevan a su contradictoria condición de justiciero y asesino. Es un hecho que en casos como este lo secundario del rol dramático está asociado con la fisonomía del actor y su ubicación en los mapas mentales que se tiene de las clases sociales. Esto se repite en *Corraje* (1998) de Alberto ‘Chicho’ Durand y *Paloma de papel* (2003) de Fabrizio Aguilar. En *Chicha tu madre* (2006) de Gianfranco Quattrini interpreta a un

dirigente futbolístico de un equipo de segunda mimetizado en la atmósfera de la Lima *chicha* del nuevo siglo.

Hace década y media fue dirigido por Aldo Salvini en sus primeros cortos —*Un tesoro para Flor del cielo* (1990) y *La misma carne, la misma sangre* (1992)— y en registros muy distintos por jóvenes realizadores de esta década como el notable *Borderline* de Gonzalo Otero (2004). También trabajó en la televisión local, así como en una película rodada en Ecuador (*Proof of life*, 2000, dirigida por Taylor Hackford), aunque será, sin duda, recordado por sus largometrajes.

Seguramente la presencia de este actor en el cine peruano es significativa para ilustrar las narrativas subyacentes a los relatos principales de las películas nacionales. Su filmografía describe el itinerario de cierto sujeto popular nacional mejor, mucho mejor que muchos protagonistas. Mientras los grandes héroes y el destino que correrán están atados tanto a las exigencias del mercado y la publicidad como a los caprichos de los divos, el personaje secundario generalmente se siente más libre con respecto a su narcisismo y la publicidad farandulera repara poco en él. Estos actores secundarios y sus personajes pueden visibilizar aquello de la realidad que acaso permanezca oculto en los retratos de la vida pública que la mayor parte de la televisión presenta: la simulación de los políticos, el triunfalismo soberbio de los empresarios, la belleza quirúrgica de los divos. Precisamente, la misión de un cine nacional contemporáneo, como en otros países, contiene una tarea de deconstrucción de estereotipos y de creación de relatos que nos permitan mirarnos y reconocernos en aquello de insólito y hermoso que tenemos. A eso contribuyó Gilberto Torres. □